

El Monte en Llamas

Por Martín D. Cernadas

Versión reducida para descarga gratuita

In memoriam

Cristóbal Varela Salas, actor, titiritero y, ante todo, un hombre de bien que dejó su vida para salvar el monte nativo.

La presente es una crónica de vivires y sentires en los incendios forestales que sucedieron en las sierras del norte cordobés de Argentina, durante el año 2020 y que afectaron a todo el territorio con su monte nativo y ciudades que lo atraviesan. Está basada en hechos reales, y sus personajes son ficticios. Es una pequeña muestra de cómo se transforma un ser humano que vive esa experiencia ante la perplejidad, tanto en lo individual como en lo social.

ISBN 978-631-00-9259-1 – Safecreative 2506092036340

I – Miré hacia arriba	3
II - ¿Cómo llegué acá?	10
V – Fuego en Ambul	15
IX – Rancheada comunitaria	31
XXI – Bernabé y el lión	41

I – Miré hacia arriba

Miré hacia arriba, al cielo, girando la cabeza hacia atrás, al origen del sonido del avión hidrante que venía directo hacia mí con su carga de agua. Apenas pasó sobre mi cabeza, un zumbar como de enjambre de abejas empezó a hacerse nítido, envolvente, y decenas de miles de gotas de agua en caída rasante empezaron a impactar sobre las copas de los árboles y, también, en mi sombrero. Entre la transpiración sobre mi frente colmando mis cejas y mi cara, junto a mi respiración profunda que exhalaba, percibí, tieso y en silencio, como se recibía esa lluvia durante los escasos veinte segundos que duró. Un instante después, estaba todo empapado. Me sentí más fresco que

antes. En ese antes en que los tocones encendidos cayeran sobre las cabezas de todos nosotros, obligándonos a ponernos a cubierto. En el antes en que las rocas, rodando, hirviendo por el aire, les pegaran a los troncos de los árboles, desde lo alto del barranco. Allí, en las curvas que hace el Río Calabalumba remontando por el cauce hacia el Dique los Alazanes. Antes del agua, el fuego nos bautizaba. Después del agua, la lucha nos llamaba. En esa pausa de percepción, depuse las armas (el fuego también lo hizo) y me supe vivo en medio de la vorágine. Y sonréí. Me saqué el sombrero, reverencié al fuego, di las gracias al piloto del hidrante porque era la primera vez que no había fallado el lanzamiento y volví a lo nuestro. A latir.

Después de eso, deshice el camino y llegué al eco-refugio serrano, una especie de campamento base donde recargábamos los bidones de agua que, uno a uno, llevábamos caminando hasta donde se necesitaban, para recargar las mochilas hidrantes que muchos de los brigadistas autoconvocados portaban en sus espaldas. ¡Bah!, los menos, no la mayoría. Los demás, a puro bidón y *chicotazo*¹.

¿Qué lo qué? *Chicotazo*, golpe de *chicote*. El chicote es una herramienta hecha de una tela gruesa, de preferencia del mismo material de las mangueras de los bomberos, que mide entre cincuenta y noventa centímetros de largo y está agarrada a un palo o asa manual. Con ella se puede

¹ Ver el glosario para todos estos términos en *cursiva*.

rebenquear al fuego, pero para apagarlo, no para azuzarlo. Entonces, puro *chicotazo* cuando no hay agua, a puro *bidonazo*² cuando no hay mochilas hidrantes, a pura patada de *borcego*, para volver las brasas encendidas a los sectores ya quemados. Y a *machetazo* limpio, cortando ramas verdes y secas de árboles y arbustos que aún no fueron alcanzados. Abriendo un cortafuego, como se pueda, como salga, barriendo el piso con la pala, o el *Gorgui*, o el *Derqui*, o lo que se tenga, y dejando expuesto el material pedregoso, nada de pasto, para que los *dedos* del fuego no avancen ni al ras, ni por arriba.

² Ver el glosario para todos estos términos en *cursiva*.

En el refugio, pude tomar agua por primera vez. Estaba cansado y ni me había dado cuenta. Me senté. De mi mochila (que había dejado tirada por allí apenas llegado) me armé un cigarrillo y convidé a otro que me pidió para el suyo. Fumé. Respirando tranquilo por primera vez en horas. Seguí fumando y mirando cómo, a no más de cien metros -aunque las distancias a ojo son tan relativas en la sierra- unos cuatro brigadistas iban a apagar un estallido en un árbol, que de pronto y sin estar cerca de ningún frente de fuego -según mi perspectiva- había ardido espontáneamente. Nada más errado, porque el fuego que no llegaba a vislumbrar desde esta cara del *cerrito* estaba llegando a la cima y ya estaban estallando los árboles próximos a ella, recibiendo todo el calor y el viento ardiente del otro lado, por ese efecto que tienen las laderas de

monte, de acelerar el calor como una chimenea. Nos estaba rodeando el fuego y no lo supe entonces. Seguimos fumando e hidratándonos con agua, recuperando fuerzas.

Al cabo de media hora, ya con el sol empezando a declinar, y siendo casi las seis de la tarde, agarré mis cosas y empecé a desandar el camino, porque me esperaban dos horas de *patear* cuesta abajo. Fue apenas, al salir del sector del refugio, que el chirrido de árboles quebrándose se oyó espantoso. Escuché, escuchábamos, los quiebres a pocas decenas de metros. Todos miramos en esa dirección. Pero no se veía fuego alguno, aunque los árboles gritaban. ¿Es posible escuchar gritar a los árboles? Sí, es posible, yo lo sentí

Varios compañeros salieron prestos con sus mochilas y fuerzas renovadas en dirección hacia ese sonido. Yo continué camino, hacia el poniente.

II - ¿Cómo llegué acá?

¿Cómo llegue hasta acá? Había remontado la Cuesta del Toro, acarreando diez bidones para agua, vacíos, de cinco litros cada uno, amarrados todos a un palo al hombro, sostenido por una mano para dejar la otra mano libre para agarrar la pala. El machete, a la cintura, claro. En mi espalda, la mochila, donde llevaba un par de guantes, un litro de agua potable, un cambio entero de ropa (medias, calzón, remera, un *short*, y un par extra de zapatillas lativas por si acaso se rompían mis borceguíes). También mi morral, con el tabaco, el encendedor, sedas para el armado (filtros no, no uso) y, por supuesto, las siempre presentes hojas de coca.

No me refería a lo práctico. ¿Cómo llegué hasta acá?

El frente del fuego, del incendio intencional desatado desde hacía dos meses (desde mediados de agosto del 2020), había recorrido en ese tiempo, desde donde empezó en Ischilín, casi cuarenta kilómetros de monte nativo, y había llegado a la zona de interfase de Capilla del Monte. ¿Dos meses corriendo ese fuego? Sí. La inacción inicial sucedió porque los bomberos que llegaron primero dijeron que no era su jurisdicción, y se fueron. Increíble. Los que sí eran de la jurisdicción, llegaron horas después, ya demasiado tarde para intentar algo. Eso, sumado a la desidia que veíamos desde el gobierno provincial durante los dos meses -que fue clave para permitir la expansión

descontrolada en plena sequía-, sumada a los vientos fuertes que arreciaron todo el tiempo, todo esto hizo sonar la alarma en nuestras cabezas y a título personal, auto percibido en peligro, fui de los muchos que nos juntamos en el Salón Vecinal. Porque la evidencia del fuego fuera de control, que era abrumadora desde hacía dos semanas por lo menos, ya estaba, ahora, a cinco kilómetros del pueblo y sin barrera de contención alguna, con todo el monte seco.

Accioné ante el desborde de la situación, lo inevitable que seguiría si el viento no modificaba su curso. Yo no elegí al fuego, el fuego desbocado de un incendio forestal eligió pasar por donde yo vivo. Yo no quería estar acá. El impulso de salir al fuego no es racional. Es instintivo, es en

defensa propia. ¿Cómo no me voy a defender si me atan-
can?

Ya a esa altura comenzaban a surgir en mí más pregun-
tas, empezando por los riesgos personales de todos, por
el no accionar institucional y por lo que nos depara toda
esta situación -a futuro- como habitantes de este territorio.

*“Para esta tierra, de chacareras,
Pa’ que la bailen los que en el pecho la sientan,
Para la Pacha, la madre Tierra,
para tus hijos que sepan cuidar la herencia.
Para los cerros, para los ríos,
pa’l viejo monte curtido por nuestro olvido.
Para tus ramas, llenas de espinas,
en donde anidan los pájaros de la vida.*

*Pa los venidos, pa los nacidos,
pa los que sabemos que el paisaje es nuestro nido.*

*Pa los dormidos, que se despierten,
para los ciegos que vean y que respeten.*

*Para esa gente, que vive y siente,
dentro 'e las venas la fiebre del monte agreste,
para tus ramas, llenas de espinas,
en donde anidan los pájaros de la vida.”³*

³ *Para esta Tierra*, canción del álbum *Para Esta Tierra - Reserva Natural Chaku*. Córdoba, Argentina. 2016, por Carlos Batrouni y Valentina Gigli.

V – Fuego en Ambul

Unos días después de bautizarme en los montes aledaños a Capilla del Monte, sonó la alarma. Esta vez el fuego se encendió en Ambul, a una hora y algo de aquí. Eran las tres de la tarde.

Armamos un grupo entre los vecinos con intención de capacitarnos y organizarnos en defensa propia, entre el no saber, el sospechar del accionar institucional, y ante llamados de los conocidos, que pasando por lo mismo que nosotros, aun no estaban siquiera organizados.

Por necesidad, espontáneamente, en los tiempos y disponibilidades personales. Y así nos coordinamos por todas esas razones, amores, sentires; asumiendo riesgos con tal de poder entrenarnos y estar preparados individual y grupalmente.

Coordinamos con los brigadistas autoconvocados disponibles: Sergio, Lau e Ismael. Una hora después, ya todos arriba de la chata, pusimos rumbo norte, a Cruz del Eje y, al pasar por San Marcos Sierras, levantamos al Diestro. Único brigadista disponible ese día a esa hora, en San Marcos.

- Hola queridos.

- Cómo va *papu*. Meta arriba.

- Hola, me llaman el Diestro.

- Hola, ... ¿diestro como derecho...?

- Sí, sí. Soy zurdo, pero como llevo la damajuana siempre con la diestra...

- ¡Jaja! Vamos, meta.

Así nos presentamos. Una vez llegados a la rotonda de Cruz del Eje, hicimos el giro al oeste y enfilaron hacia la tierra de los *algarrobos*⁴, donde habita un centenario ejemplar que parece caminar sobre sus raíces. Allí, existe una gran reserva en ese norte Cordobés, de donde había pe-

⁴ Consultar el glosario final que incluye especies forestales nativas.

dido auxilio Cándido, yuyero. Distancia, menos de cuarenta minutos, a velocidad crucero.... Ciento diez kilómetros por hora, con viento a favor. (*sí, ya sé, datos de piloto de chata que no te importan, pero necesito calcular la distancia para saber el consumo de combustible y avisar de la hora de llegada aproximada: el que está a cargo de logística, nos pide el quienes, cuándo y cómo*).

Al llegar, tardamos otros quince minutos entre una cosa y otra. Solo tenemos su nombre de pila y vemos la dirección de la columna de humo que emana a mil metros, tal vez, monte adentro. Justo veo una casa, la única accesible en línea perpendicular a la ruta provincial, y alineada con la columna de humo.

Al llegar, me bajo de la chata. Barro. No me ladran los perros. Porque no los hay (*pero ¿dónde están los perros? No puede ser - me pregunto y reniego*). ¿También duermen siesta acá? Me acerco. Golpeo con mis manos. Grito “¡Holaaaa!” Nada. Miro pa’cá, pa’llá. La misma nada. Ya me iba a tomar el *raje*, cuando veo que sale la doña. Se acerca.

- Hola, mi nombre es Darío. Estoy buscando a Cándido, que nos llamó por ese incendio que se ve a lo lejos.

- Cándido, ¿el *jipi*⁵? -me repregunta la doña (*pero no me registra que le dije que hay un incendio...*)

- Cándido, de los yuyos -le digo- pidió auxilio por ese fuego
(*le subrayo lo del fuego*) ¿Sabrá cómo llegar?

- ¡Ah!, entonces Cándido el *jipi*, sí. Espere. ¡Vie-joooooooooooo!

⁵ Fonética para el término *hippie* en idioma inglés

Al rato, sale también desde la casa, el viejo. Todavía colocándose la camiseta a tiras dentro del pantalón. Durmiendo la siesta con el incendio *ahicito* nomás, como le digo yo.

- ¿Cómo es para llegar a lo de Cándido? – dice la doña.

- Lo de Cándido, ¿el *jipi*? – bosteza el viejo.

- Sí, el *jipi*. El hombre lo busca – le confirma la doña, y me señala con su mano derecha.

- A ver. Mire. Tome por esa esquina, a mano izquierda. Todo derecho ese camino, pase la radio y siga derecho, unos dos kilómetros quizás. Va a llegar a una tranquera a mano derecha y allí pregunte, porque allí es.

- Listo. Gracias, gracias. Qué anden bien. – y me vuelvo caminando a la chata.

- Pero no le diga que le decimos el *jipi*, nomás así le decimos nosotros – me advierte la doña.

Trepo a la chata, miro la columna de humo. Debe haber avanzado cincuenta metros hacia el oeste mientras charlamos.

- Che, boludo, ¿cuántos Cándidos hay en un pueblo de diez habitantes que lo tienen que identificar por el *hippie*?

- ¿Pero sabe quién es y cómo llegar? ¿No era Cándido de los yuyos?

- Qué sé yo, pero más o menos, sí. -y les repito las indicaciones-. (*No tienen perros, duermen la siesta con un incendio a mil metros y todo se lo toman parsimoniosamente, loco, así van a acabar con mi infinita paciencia*)

¡Vamos!

Un rodeo de estancias para acá, otro medio rodeo para allá, finalmente encontramos la entrada y al ver el cartel nos mandamos cruzando el alambrado, siguiendo siempre la huella entre algarrobos, tucas, espinillos, mistoles, garabatos, y algún que otro quebracho colorado. Tal vez también alguna brea. No, brea no. Tampoco algarrobo blanco. Esos solo en San Marcos Sierras.

Entramos en el primer desvío hacia una casa donde vemos varios autos y equipos de agua.

- Hola, ¿es la casa de Cándido?

- Yo soy Cándido.

- ¡Ah! ¿qué tal?, vinimos a ayudar respondiendo el llamado de auxilio.

- ¡Ah, qué bueno loco!, acá justo estamos cerrando con los otros que vinieron a ayudar desde *Trasla* – por Trasla-sierra.

- Un gusto, mi nombre es Darío – dice el más corpulento, mi tocayo.

Y así se acercaron varios otros, con sudor en la cara, hambruna de no comer por horas y otros más fresquitos. Contaron las peripecias de la batalla previa. Del humo sofocante, del cansancio, de ataque más directo al fuego -a doscientos metros de distancia de donde estábamos-. Y más lejos, del episodio con el tractor grande que, al caer a un cauce seco y no poder salir, había sido atrapado por las llamas. Que se escucharon explotar las cubiertas de sus ruedas una a una, y luego, también todo el diésel de su tanque. “Un desastre”, acotaron.

La desesperación de las palabras de la esposa de Cándido, Valeria, con su bebe en brazos, y al mismo tiempo, respirando por saberse con ayuda. La voz del Toro (*enorme en su metro ochenta de altura y porte de leñador*), otro integrante de esta reserva, joven, alto, fornido,

de pocas y secas palabras, se asoman confirmando el peligro vivido ese día.

- Salimos en diez minutos, *macho*.

Es la voz de acción de Cándido el Hippie. La voz de alguien que sabe que no hay tiempo de relajo, y acá las manos se impacientan por ir a *revenquear* fuego. La otra ayuda vino en su propia chata, así que somos dos vehículos, a cinco personas por chata, más todos los equipos en las cajas respectivas. Casco, *monjitas* (esos cubre-cabeza y cuello como los que usan en la Formula 1, pero no tan así de geniales), antiparras anti-empañables (¡ponéle!), camisa ignífuga, guantes de descarne de cuero bien grueso, mochila de agua (“bomba de agua” dicen que

se debe decir), machete, *chicote*⁶ para latiguear, unas pocas palas planas para hacer cortafuegos, y calzados con los borceguíes de caña alta y suela de caucho. Todo lo estamos estrenando...

- ...Luego del fuego rodeando al pueblo de Capilla, solicitamos donaciones, dinero contante y sonante como también toda una lista de equipo para incendios forestales. La *guita* llegó de todos los rincones, menos del gobierno por supuesto. Así, pudimos armar eso que se conoce como el EPP, *Equipo de Protección Personal*, que es lo mínimo y básico para luchar en un incendio forestal... - mientras

⁶ Ver el glosario final para estos términos.

manejo, aflora el relato de otro brigadista de las Sierras de Punilla, el Sergio.

Sergio, que es oriundo de Pehuajó (“no te rías boludo, no me vas a hacer chistes con Manuelita”), pero estudió en La Plata, así que en realidad es platense, se clavó justo con esto del COVID, apenas empezaba, aquí en las sierras, en Capilla más precisamente. Y *pum*, a los pocos meses estaba apagando incendios.

- ¡Bienvenido al monte! -se ríe el *jetón*.

- Sumale a eso la comida. Sumale el agua en botellones. Sumale el botiquín ¡con *Platsul* incluido! Todo va en la base móvil, la chata, con nosotros a todos lados – cuenta

la Lau, la otra platense, también viviendo en Capilla por elección, también brigadista por amor al monte.

- Che, ¿alguien tiene un porro? - pregunta el tercer oriundo de La Plata – Si quieren hojas de coca, acá tienen (es el Isma).

¿Y el *Curso de Combate de Incendio Forestal*? Te lo debo. Pero allá vamos, entre el olor a aromitos y palo amarillo. Todo el resto del día fue de trabajo, entre columnas de humo jadeantes, agonizantes, resurgentes, intempestivas. ¿Cuánto duró? Mas de seis horas, hasta que cayó el sol y ya no se veía una *bosta*.

- Vuelta pa'l rancho, *macho* – dijo Cándido.

Y volvimos a descansar, comer y planificar la salida nocturna. Sí, nocturna. Porque es cuando mejor se ven los focos de fuego y menos se cansa uno, con el frescor de la oscuridad.

IX – Rancheada comunitaria

Ya de noche, en el rancho comunitario (que pronto llamaríamos “base operativa comunitaria”) nos acomodamos para festejar el cumpleaños de Sergio, el que había llegado con nosotros hasta lo de Cándido. Apenas puesto el sol, armamos el fogón en el jardín-patio-espacio delante de la casa-galpón-rancho-base donde nos alojábamos, al mismo tiempo que llegaba Rama, recién caído al baile, pero de visita en lo de Cándido, sin saber que había fuego. También estaba Darío, de Agua de Oro. Saludos, abrazos, *Fernet con Coca y hielo*. Fuego, esta vez, de chispeante congregación fiestera.

Risas, charlas, humo, y más *Fernet*, mate, pizzas y muchas galletitas. Así, la ronda pautaba grupitos, grupazos, luego dúos. En uno de esos dúos, a propósito de palmear a Sergio por su cumple, me acerqué. Estaba charlando con Rama. Iba a decir “hola”, pero, se cortó el mambo.

- Salimos en diez minutos, macho – suena nuevamente la voz de orden del dueño de casa, que no duerme desde ayer (*a propósito: no dormiría ese día, como tampoco lo haría al día siguiente, sino cuando le bajase la adrenalina: quiere dormir, sí, pero no puede: es un efecto colateral de “estar al palo” todo el día*).

Tomamos por el camino de la estancia vecina. El propietario, que llegó recién, nos guía con su chata por delante, luces largas encendidas. Lo sigue el otro Darío en la chata

Ranger negra de doble tracción, como la mía. Yo cierro la fila (*siempre cierro las filas desde que tengo memoria*). Arriba de la Ranger vamos cinco. *Meta pa' ca, meta pa' lla*, llegamos al punto donde el propietario de la estancia nos corta su alambre y nos vuelve a dejar en la reserva de Cándido.

- Ahora sí, todo derecho por la huella – me transmiten al *handy* desde la chata de adelante.
- ¿Qué huella? ¿A que mierda se refiere con huella? – Lanzo mi pregunta retórica y bajo ofuscado de la chata. Che boludo, te sigo, porque no se ve la huella.
- Meta, seguíme.

- Dale.

Y así, con pastos de más de un metro de alto que no fueron cortados en varios años, vamos en línea paralela a un alambrado. Bueno, supuestamente estamos sobre la *picada*, o apertura, o huella... *Picada* en términos de campo, es el camino que se abre para que pase algún vehículo, pero claramente acá hace tiempo se olvidaron de mantener estos caminos.

Mis luces altas, los faros antiniebla y, también, los faros de apertura arriba de la barra antivuelco, iluminan todos juntos a la otra chata. La sigo a escasos tres metros de distancia. No se ve ningún fuego, solo hay humo. De pronto me doy cuenta: es de noche y estamos en una *no-huella*, de pastos de un metro de alto, yendo paralelos a

un alambre, y no hay forma de dar vuelta porque lo demás son arboles nativos de varios metros de alto. Tenemos el supuesto fuego a escasos cien metros al norte, en una línea que se extiende por dos, quizás tres kilómetros, según los datos que obtuvimos apenas llegamos. Pero no lo vemos. Mi comprensión de la situación me hace estar más que atento a cualquier señal ígnea - aunque sea una luciérnaga que pase volando.

Por fin, tras varios minutos, se para la caravana de ambas chatas. Es un claro más amplio, se lo ve trabajado y cortado recientemente.

- Acá estuvieron los bomberos más temprano, hasta acá llegaron, cortaron y despejaron, pero vinieron del este, nosotros ahora veníamos del lado contrario– explica Cándido.
- El fuego debe estar cien metros para allá, aunque no lo veamos. Pónganse los equipos y vamos – despeja toda duda Darío.
- Meta.

A medida que cada uno se calza su *equipo de protección personal*, va saliendo y armando la fila india. Las mochilas personales con todo lo necesario para un día de trabajo, quedan en la chata, que va a operar como base móvil. De paso, tomo alguna de las herramientas forestales, o de uso forestal, que se deben llevar consigo para el laburo.

Soy como una tortuga en cámara lenta. Pero finalmente me calzo todo (es la primera vez que saldré con equipo de protección personal, y además propio), me calzo una bomba de agua, o sea, *bomba de espalda*, alias *mochila de agua*, además un *chicote*, también una pala. Apenas hago veinte metros, me tropiezo y me doy cuenta de que no llevo linterna y por eso no veo una mierda.... Último cerrando la fila, a los demás ya los perdí de vista. ¡Aprediz a los tropiezos!

- Che, bancá, ¿quién me presta una linterna así no vuelvo a la chata?

- Dale, tomá – Luisana se regresa cuarenta metros y me presta la de ella porque está con otros tres que tienen, cada uno, su linterna.

- Gracias.

“Principiante nocturno, el chabón” – pienso y me río en silencio. Y no pasa más de un minuto, que ya me llama por *handy* Darío (el otro), pidiendo un bisturí....

- No, no tengo bisturí... ¿Qué pasó?

- El *Toro* se clavó una espina, ¡pero con todo!, en el codo. Una espina grande y no puedo sacársela.

- Veamos qué podemos hacer, me regreso a la chata en breve, nos vemos allí.

Era una misión imposible. Terminaríamos con el *Toro* en el Hospital de Mina Clavero, a las cuatro de la madrugada,

después de dar por cerrada la tarea nocturna. Ni el médico de turno con bisturí la pudo extraer de tan adentro que estaba. Una puta espina de acacia negra. En realidad, cada espina de acacia negra son tres simultáneas saliendo de un mismo centro, y retorcidas sobre su eje, varios centímetros. Parece un arma medieval o algo así. Da miedo verlas, imaginate clavártelas.

Lo breve de mi regreso duró menos de media hora tratando de caminar cien metros sin encontrar un caminito, una huella a pie, o ramas cortadas por donde poder pasar, porque sin machete, no podía cortar nada en medio del tupido monte nativo. Gracias a las luces de los reflectores, pude divisar, en medio de la oscuridad, dónde estaba la camioneta. Aprendí que, de noche, para esto de andar perdido, también sirve el silbato de ubicación (que había

dejado en la mochila personal, en la camioneta, ¡o sea...!).

Muy de novato lo mío.

Ya con el *Toro*, sentados ambos dentro de la chata, esperamos a que terminara toda la cuadrilla. El repliegue les tomó una hora, hasta que todos pudieron volver, perdiéndose temporalmente, pegándose gritos por acá, por allá, por el *handy* y dejando los reflectores prendidos. No encontramos el fuego vivo, pero sí zonas calientes, en brasas, y se trabajó sofocándolas con tierra encima.

- Nos volvemos, macho. Vámonos que mañana temprano toca guardia de cenizas - Cándido *dixit*.

XXI – Bernabé y el *lión*

A la cuadrilla ya se la escucha volver por el camino que tomó a la mañana. Ya se puso el sol y es el anochecer que se va cerrando, y no se ve dónde se pisa, a menos que se traiga una linterna. En esta zona del espinillo bravo, ya no se escuchan ni animales, ni insectos.

Si fuesen treinta años atrás, te creo que podríamos encontrarnos con un *lión*. Un *lión*, sí. Así le dicen los baqueanos al puma. Estamos en Ojo de Agua, lugar donde nació y vivió Bernabé. Y él sabía de eso, de vacas, de estancias, de cacerías del *lión* y de cuidado del hábitat compartido. Así me lo citó Juan (el que macheteaba el camino con una mano, mientras se sostenía el pantalón con la otra, ese Juan).

“Uno no sabe bien cuando empieza la conexión con un ser muy especial, en este caso hablo del león. Será tal vez la curiosidad de saberlo tan arisco, casi invisible en los montes y con esa actitud defendiendo su libertad. Antes de conocerlo, de verlo por primera vez, los que nos criamos en el campo, ya tenemos un concepto sobre el león y otros animales. Por lo general, todas las personas que se habían referido al león, decían que era peligroso, violento y muy dañino. Tanto es así que en algunos lugares le llaman ‘el daño’.

La primera vez que vi un león, ya estaba muerto, lo habían cazado unos vecinos. Yo me fui acercando despacio, y al primer golpe de vista ya se podía apreciar lo hermoso que son, que lindo se veía su pelaje brillante. Pero lo raro para el que recién lo conoce, es que su presencia, ya muerto, irradiara paz, sin señal de violencia y su última mirada transmite gran quietud. Y después queda pendiente verlo con vida, y es muy difícil en los campos con bosques. Se trata de un animal con gran olfato, y

casi siempre siente la presencia y rápido escapa. Aunque se recorra a diario los campos que habita, nunca se lo puede ver de cerca.

...

Los campos de altura no tienen árboles ni bosques, son cañadones de praderas limpias donde puede verse a la distancia cualquier animal que transite por ahí. En una tardecita que subí a la cima, buscando los caballos que había en el campo, y como iba despacio y sin perro, de pronto, al dar vuelta unas grandes piedras, pude ver a dos leones a corta distancia.

Estaban estos animales quietos y tranquilos. Y al verme no se asustaron ni adoptaron alguna reacción de violencia. Simplemente, despacio, se incorporaron, comenzaron a caminar y alejarse.

...

La única corrida de la que participe fue en esa época, cruzando por campos vecinos. En el camino, se atravesó un león, me acompañaba un campesino que estaba viejo, iba de a caballo y con dos perros. Llevaba conmigo también otros dos perros y los cuatro corrieron en dirección donde iba el león. Atravesó una profunda quebrada y nosotros, al llegar al borde, no pudimos avanzar con los caballos. Mi compañero se quedó ahí, de a caballo a los gritos animaba a los perros que se veía que lo estaban casi alcanzando.

Yo desmonté y bajé de a pie por la escarpada ladera, y mientras bajaba, podía ver todo lo que ocurría en la ladera de enfrente. En una piedra muy grande tenía su guarida y entró. Los perros ladran desde afuera. Pero al llegar al lugar, los dos perros que no eran míos se volvieron dónde estaba su amo.

Había en esa guarida una especie de puerta principal en la parte de abajo, y por arriba una abertura más pequeña, donde se lo podía ver desde muy cerca. Arriba, en el camino, pasaba un vecino, y decidió bajar para colaborar en la lucha con el león. Cuando estuvo cerca, se veía que no traía arma, solamente un lazo. Por la parte de arriba de la cueva lo hurgamos con la intención de que salga, y salió. El paisano le tiró el lazo tratando de atraparlo, pero erró el tiro, y el león pudo irse de allí. Lo hizo despacio, pero se lo veía muy enojado. Movía la cola de un lado a otro, desafiante frente a nosotros, luego tomó cuesta abajo y se perdió entre la maleza y los cerros.

Cada vez que recuerdo este episodio, me alegra que haya terminado así. Después de todo, el león escapando. Para esos tiempos ya terminados, concluyeron mis días de criador de vacas y volví para el Ojo de Agua, donde había comenzado esta historia. Ya había cambiado mi concepto con relación al león. Es más, me sentía en algunas cosas, identificado, admiraba su

valor, su belleza, y de alguna manera sentía una conexión, casi como si estuviéramos hermanados, en esto de compartir el mismo hábitat, el mismo paisaje. Yo sentía que el lión tenía un espíritu, que había traído a este mundo un mensaje que no queremos escuchar.”

Bernabé Leal⁷. Nacido, criado, y vivido en Ojo de Agua, próximo a lo que fue la Comunidad de Ochoa, esa primera comunidad del adelantado español y sus criollos, que pobló este lugar. Hace pocos años nomás, decidió seguir su viaje junto al lión, y ahora viajan juntos los dos, en la Constelación del Puma Yunta.

Veo a los brigadistas a pocos pasos de donde estoy, enfilando la recta final de la ladera, mientras iluminan la huella con sus

⁷ Fue baqueano del valle de Punilla, vivió en Ojo de Agua, Capilla del Monte, Córdoba.

linternas. Algo escucho. Observo a mi derecha, en el playón donde estoy parado junto a mi camioneta, un bulto, que emerge entre las sombras de los árboles y se levanta despacio, en sus cuatro patas, lento. Así pasa un segundo, dos, tres. Y luego toma cuesta abajo y se pierde entre la maleza y los cerros. El viento lo acompaña. Silencio. ¿Una sombra tal vez? No sé, pero mi corazón está a doscientos laditos por minuto.